

"pletamente la cabeza de los sitiadores.

"Sabemos, por una larga experiencia, que el arte de Vauban no es el fuerte del ejército de los demagogos; pero ignorábamos que los juaristas, para atacar una posición, necesitan una buena cantidad de barricas de aguardiente. Esta nueva aplicación del alcohol al arte de la guerra, será de gran utilidad para la industria.

"La libertad de los sitiadores respecto a todas sus operaciones es ilimitada; a pesar de eso, hay algo que repugna a la dignidad propia y, sobre todo, al honor militar. Por ejemplo, el hecho vergonzoso de estar sitiando a la ciudad, a gran distancia de sus defensas, y después de 60 días, atacar una de aquéllas, en el momento en que su gusto por el aguardiente los había puesto en el último grado de embriaguez.



XII

LOS DIAS TRISTES DEL SITIO.—ALGUNOS ACTOS OFICIALES

Mientras se verificaban los acontecimientos anteriores, la situación de las tropas y también la de la población, iban empeorando de día en día. La necesidad fué haciéndose mayor dentro de la ciudad, y el hambre terrible hizo al fin su aparición, sobre todo entre las clases pobres. Las provisiones se habían ido agotando poco a poco; todo lo que significaba comestible, se había comido y digerido; todas las bodegas donde se guardaban las provisiones de boca, estaban vacías, y las tiendas igualmente, y desde el más elevado artículo de lujo hasta los artículos de primera necesidad más comunes y corrientes, era imposible obtenerlos ni aun al más elevado precio. El aguardiente, los cigarros, el tabaco, la sal, el azúcar, el maíz, el café y demás artículos más o menos necesarios para la vida, se habían agotado, y para la inmensa mayoría de la población, como para el ejército, habían llegado a ser bienes inasequibles. Sólo uno que otro afortunado podía aún congratularse de tener una pequeña cantidad de provisiones, que escondía cual precioso tesoro, de las miradas de los demás.

Diariamente se veían centenares de mujeres, pertenecientes a las clases más pobres, a juzgar por

sus vestidos hechos andrajos, ir a situarse horas enteras alrededor del Palacio del Ayuntamiento, para esperar con la mayor paciencia que se les repartiera maíz. El hambre más terrible se traslucía en los semblantes de estas desventuradas y era de ver la expresión de alegría que manifestaban cuando su larga espera no había sido en vano, y cuando se observaban cientos de brazos extenuados extenderse con ansia para recibir el pequeño donativo que se les repartía por orden expresa del Emperador y que les era indispensable para conservar su pobre existencia, el corazón se oprimía de angustia a la vista de tanta miseria. Pero las más de las veces era inútil la espera de estas infelices; con frecuencia tenían que regresar a sus casas con las manos vacías, y sus hambrientas familias, que esperaban su vuelta con la mayor angustia, nada tenían con qué matar el hambre cruel.

Diariamente pasaba yo por el lugar donde se reunían estas infelices, a quienes socorrían las autoridades municipales, por orden del Emperador. En cuanto a los esfuerzos que hizo este noble príncipe, encaminados a aliviar en lo posible la miseria de la población y del ejército, lo prueban suficientemente los documentos siguientes:

"Querétaro, lunes 29 de abril de 1867.

"Mi querido Ministro don Manuel García Aguirre:

"Nos, ocupamos atenta y personalmente en el cuidado y mejora de Nuestros hospitales para heridos, puesto que es uno de Nuestros deberes más sagrados, sobre todo cuando se trata del ejército; Nos hemos resuelto a hacer participante a Ud. en esta obra de tan alta importancia y Nos confiamos en los conocidos sentimientos altruistas de Ud., respecto a que Ud. nos ayude en la fundación y

"sostenimiento de estos establecimientos de beneficencia, en la medida que la situación lo exige y Nos esperamos alcanzar ardientemente.

"Reciba Ud. las seguridades.

"De su afectísimo.

"MAXIMILIANO.—Rúbrica.

Sin embargo, la falta de médicos, de medicinas y de buenos alimentos, hacía que la situación de los heridos no fuera de lo más satisfactorio. Entre los once médicos que existían, se contaban un dependiente de tienda y un arriero, antiguo veterinario. A pesar de la gravedad de la situación resultaba cómico hablar con una de estas dos personas; de repente interrumpían la conversación disculpándose porque tenían que ir al hospital a amputar un dedo a este o aquel soldado, y se alejaban apresuradamente. El primer pensamiento que se ocurría al oír esto, era:

¡Pobre del infeliz que caiga en sus manos!—

"EL GENERAL SEVERO DEL CASTILLO, EN JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL, A LOS HABITANTES DE ESTA CIUDAD SABED:

"Que teniendo noticia de que la clase pobre del pueblo comienza a sentir necesidad de maíz para sus usos domésticos, porque algunas personas que especulan con esa semilla la tienen oculta, movidos quizás por la esperanza de realizarla más tarde a precio fabuloso, S. M. el Emperador, en cuyo recto ánimo no cabe la tolerancia de un abuso que redundaría en grave perjuicio de la mayoría, me manda publicar lo siguiente:

"1o.—Toda persona que tuviere maíz en almacén, sea cual fuere la cantidad, está en obligación de manifestarlo dentro del término de veinticuatro horas en este cuartel general."

"2o: Quien no diere cumplimiento a esta prevención, será juzgado militarmente y, por la aclaración del hecho, condenado a sufrir la última pena."

"3o: A la persona que cumpliera, se le concederá que venda por su propia cuenta una tercera parte de su semilla, dejando las dos restantes a disposición de la prefectura que mandará realizar a bajo precio para que sean cumplidos los deseos de S. M. respecto de la clase que procura beneficiar."

"Dado en el Cuartel General.

"Querétaro, Mayo 4 de 1867.

"El Jefe de Estado Mayor,

"SEVERO DEL CASTILLO.

"MANUEL DOMINGUEZ, Oficial de la Orden de Guadalupe, Caballero de la Orden del Águila Mexicana y Prefecto Político del Departamento, a los habitantes de esta ciudad, sabed:

"Como ha llegado a conocimiento de su Majestad el Emperador que algunas familias carecen de domicilio, porque a consecuencias de la guerra se vieron obligadas a abandonar sus casas, ha dado Su Majestad la disposición de que dichas familias puedan disponer de los Conventos para su habitación, y por consiguiente, me ha dado el encargo de ponerme de acuerdo con el Padre Vicario y Gobernador de la Mitra, y junto con él he acordado lo siguiente:

"1o.: Todos los Conventos de esta ciudad están a la disposición de aquellos que puedan aprobar su carencia de domicilio."

"2o.: Las personas que soliciten alojamiento deberán presentarse en la Secretaría de este Departamento, provistas de un certificado, en el que atestigüen dos vecinos de notoria veracidad, que dichas personas necesitan casa."

3o.: Al que se halle en este caso, se le dará una

"constancia, que tiene que presentar al Sr. Gobernador de la Mitra, para que se le designe el Convento en que puede alojarse."

4o.: Aquellos a quienes se otorgue esta gracia, se les prohíbe llevar a su alojamiento amigos o conocidos, y se les encarga no deteriorar su habitación, sino conservarla en el mejor estado posible."

"Para que esta disposición llegue a conocimiento de todos, se me ha ordenado imprimirla, publicarla y hacerla circular, fijándola en los lugares públicos."

"Querétaro, 5 de Mayo de 1867.

"El Prefecto Político:

"Manuel Dominguez."

"Por la Secretaría General de la Prefectura:

"El Primer Oficial:

"Daniel Alfaro."

"J. ANTONIO SEPTIEN, Caballero de la Orden de Guadalupe, Alcalde de la Ciudad, a los habitantes de la misma, sabed:

"Con el fin de mitigar la necesidad que padecen los pobres en las circunstancias actuales, Su Majestad el Emperador ha ordenado que se les reparta diariamente y gratis, raciones de carne, durante el tiempo que el sitio impida la introducción de víveres en nuestra ciudad. A fin de cumplir exactamente la orden de Su Majestad, he acordado las siguientes providencias de acuerdo con el Sr. Prefecto de este Departamento.

"1o.: Se abrirán inmediatamente ocho carnicerías, en los siguientes Cuarteles de la Ciudad:

"Dos en el Cuartel No. 1,

"Una en el Cuartel No. 3,

Dos en el Cuartel No. 4,

Una en el Cuartel No. 5,

"Dos en el Cuartel No. 7.

"2o.: Los Comisarios de los Cuarteles expresados nombrarán las personas que deben entenderse con dichas carnicerías, y por medio de carteles fijados en las esquinas, se dará a conocer a las personas los lugares donde se van a establecer estas tiendas.

3o.: Las personas que tengan necesidad de la ayuda expresada, deberán entenderse con los Sub-comisarios presentando el comprobante de su pobreza y el número de personas de que se compone su familia.

4o.: Dichos empleados deberán revisar los comprobantes y apuntar en un registro los nombres de aquellos que, a su juicio, tengan necesidad de la ayuda arriba expresada.

5o.: Los interesados deberán presentarse con este comprobante al almacén de la Demarcación a que pertenecen, a fin de que se les distribuya la ración de carne que les corresponde.

6o.: Los Sub-comisarios de las Demarcaciones recibirán diariamente del Administrador del Almacén de Víveres, la cantidad de carne que necesiten, según el número de personas registradas, a fin de que éstos puedan hacer la distribución a las personas dichas.

7o.: Los jefes de los almacenes, los carniceros y los mozos serán gratificados por su trabajo.

8o.: El Cuartel 2o. queda subordinado al 1o., el 6o. al 4o., el 8o. al 7o. y el 11o. al 5o. para el servicio.

"A fin de que estas disposiciones sean conocidas por todos, se publicarán en carteles que se fijarán en los lugares públicos.

"Querétaro, 6 de Mayo de 1867.

"El Alcalde de la Ciudad"

"J. Antonio Septién."

La enérgica orden del General Castillo, con la

amenaza que encerraba, surtió bastante efecto, porque hizo reaparecer gran cantidad de maíz, que permitió continuar la defensa de la ciudad por algún tiempo más. Pero cuando también se agotaron estas nuevas provisiones, sin que pudieran reponerse, ya sea porque la amenaza de la pena de muerte, al no cumplirse, dejó de dar resultado, o ya sea porque de veras ya nadie tenía nada, entonces el Ayudante de Campo del Emperador, por encargo de éste, me dió orden de hacer un cateo minucioso en todas las casas; pero a pesar de todo el celo que desplegué, no obtuve ningún éxito. Cuando andaba haciendo el cateo, el amo de la casa, encogiéndose de hombros, solía decirme: "¡Válgame Dios, señor; es la centésima vez que revisan mi casa hasta el último rincón! ¿Cómo quiere Ud. encontrar algo todavía?"

Como estos procedimientos no habían tenido ningún éxito, el hambre y la miseria aumentaban de día en día. Los horrores del sitio empezaron a tomar tal carácter, que desanimaban aun a los más animosos, dejándose entrever muy cercano el final de una situación que se hacía cada vez más insostenible.

Los habitantes estaban siempre alborotados, como hormiguero sorprendido por un enemigo; iban constantemente de aquí para allá, en busca de sustento o a sus diarias ocupaciones, y día y noche pesaba sobre ellos la amenaza de las balas. El enemigo enviaba incesantemente sus proyectiles a las calles y plazas principales, haciendo de esto una diversión salvaje, poniendo así en peligro, sin necesidad alguna, la vida de gente inocente ¡cuántos, sin la menor idea de lo que les iba a suceder, abandonaban a los suyos, por tener precisión de salir, y no volvían más o regresaban mutilados o heridos! No pocas veces ví, cuando atravesaba las calles de la ciudad, caer mujeres y niños, despedazados por

las balas enemigas. No parecía sino que los sitiadores, cuyas armas habían sido vencidas en una multitud de combates por los defensores de Querétaro, descargaban su ira contra la gente pacífica de la ciudad. La conmiseración no parecía ser la principal cualidad de los juaristas.

El órgano del gobierno, el "Boletín de Noticias" se expresa en los siguientes términos acerca de este modo de ser de los sitiadores:

"Rechazados en todos sus ataques y asaltos a Querétaro, los soldados republicanos ponen de manifiesto diariamente su valor y sus sentimientos humanitarios, arrojando granadas sobre las casas de la ciudad y matando con sus proyectiles a las desgraciadas familias que las habitan. También se divierten y matan su fastidio, apoderándose de mujeres, niños y ancianos que van al campo, obligados por su pobreza, a fin de juntar un poco de leña o de verdura para sus usos diarios. También se ocupan en incendiar las fábricas y haciendas de los alrededores, para recrear su vista, como Nerón, con un agradable e imponente espectáculo.

"¡Dignas hazañas de los que asesinan o sus prisioneros heridos y que con más de cien cadáveres, como en Tepetates, erigen un altar sangriento a su pretendida LIBERTAD!"

La desgraciada población de Querétaro sufría indudablemente mucho más que el mismo ejército; no sólo estaba expuesta a todos los peligros de la guerra, no sólo padecía necesidad y casi moría de hambre, sino que también había tenido que soportar el mantenimiento de más de 8000 hombres durante semanas enteras, sin esperanza alguna de alivio próximo.

La falta total de dinero obligó al Alto Comando del ejército imperialista a tomar medidas extraordinarias, a hacer requisiciones y a tomar otras me-

didias extremas, que la población de Querétaro sobrellevó con paciencia. Cuando también se agotó el dinero obtenido por el préstamo, se impusieron contribuciones extraordinarias. De éstas, las de puertas y ventanas no eran las más onerosas, a pesar de que todo propietario debía pagar un peso por cada ventana, dos por cada puerta y cuatro por el zaguán.

Otra disposición, declaró obligatorio el servicio militar a todos los varones capaces de llevar las armas, y el que quisiera estar exento de dicho deber, tenía que pagar cierta cuota, que se invertía en el sostenimiento del ejército.

Pero llegó un momento en que se agotaron también estas fuentes de ingresos; las autoridades, tan ingeniosas para esto, no encontraban ya medio alguno de obtener dinero, ni aun con multas, ya sea porque las personas a quienes se imponían no tenían ya ni un centavo ó porque eran lo suficientemente hábiles para no dejarse desplumar; entonces se recurrió a la confiscación de tiendas y almacenes pertenecientes a personas que, con razón o sin ella, se consideraban sospechosas. Con las mercancías confiscadas se abrió una tienda en la Plaza principal, frente a la Iglesia de San Francisco, donde todo se vendía a precios irrisorios, y el producto de esta venta bastó para sostener, durante los últimos días del sitio, a las tropas imperialistas.

Hasta tal punto habían llegado las cosas y de aquí se podrá calcular la tremenda miseria que envolvía a la ciudad.

Soy tan partidario de la verdad, que estoy muy lejos de querer disimular de algún modo las faltas cometidas por ambos partidos; pero debo declarar expresamente que la administración militar de los imperialistas, no era tal como pudiera parecerles a muchos. No hay que olvidar que estos procedimien-

tos no son los peores que se siguen en México, sino que siempre se han acostumbrado en el país, al grado de que a los mexicanos ya no les parecen monstruosos, como pudieran parecer a los europeos totalmente ignorantes de las condiciones que prevalecen en México. Además, los exigía una situación tan angustiosa, como pocas ha habido en la historia; y finalmente, el Alto Comando del ejército, gracias a los buenos sentimientos del Emperador, se condujo con una benignidad no acostumbrada hasta entonces en México. Yo, que conocí perfectamente bien a ambos contrincantes, estoy convencido de que Escobedo y sus generales, colocados en la situación de los imperialistas, hubieran empleado, cuando menos, los mismos procedimientos que estos últimos.

A pesar de todas las desgracias que un sitio prolongado había acarreado a la ciudad, a pesar de la indescriptible miseria bajo la cual gemían los desdichados habitantes desde hacía tanto tiempo, no obstante todo ésto, aun en las horas más difíciles conservaron la más alta estimación hacia la persona del Emperador y una fidelidad incommovible a la causa que él representaba. La larga duración del sitio y la poderosa resistencia que opuso el ejército imperialista se pueden atribuir, en parte, al magnífico comportamiento de los queretanos. De no haber sido tan adictos a la causa imperialista, con su resistencia pasiva hubieran hecho mucho más difícil la defensa de la ciudad, o, mediante la traición, hubieran facilitado al enemigo la entrada a la ciudad.

Si el sostenimiento de la población ofrecía tantas dificultades, el de los caballos era, sin comparación, mucho más difícil. Estos se alimentan, en México, principalmente de maíz; la avena no se cultiva en el país, y la cebada sólo existía en una pequeña cantidad; pero como había que atender primeramente a la alimentación de los habitantes y del ejército,

no quedaba nada para los caballos.

Los animales estaban, pues, en una situación espantosa. A algunos regimientos, desde el 10. de mayo no se les repartió ya casi nada de forraje. Sólo a uno que otro, como el Regimiento de la Emperatriz y a la Escolta del Emperador, se les daba diariamente una reducida ración de forraje; después se encontró un poco de linaza, la cual, mezclada con algo de cebada—a fin de quitarle un tanto el sabor amargo—suministró lo necesario para un día; después, no quedó materialmente nada.

Los caballos enflaquecían terriblemente y pasaban las noches enteras sin dormir, a causa del hambre, y de día en día estaban más inservibles. Los jinetes, a quienes dolía en el alma la situación de los pobres animales, se aventuraban, con peligro de su vida, a ir a unas cabañas situadas a tiro de fusil de las líneas enemigas, y cuyo techo era de paja mezclada con algo de cebada. Muchos pagaron con su vida el andar en busca de este extraño forraje.

Otros trepaban a los altos árboles de la Alameda y arrancaban las ramas y hojas más tiernas, para dárselas a los caballos y éstos, cuando también se cansaban de comerlas, se divertían en olfatear con gran ruido esta pastura desconocida, desparramándola por todos lados y machacándola con las patas.

Se registraron asiduamente todas las casas y corrales, hasta sus últimos rincones, en busca de pastura o algo que se le pareciese, que fuera medio comible; se escarbaba el suelo en aquellos lugares en que parecía que algo estaba enterrado, en busca de pastura escondida como de precioso tesoro y era una fortuna cuando se encontraba en algún rincón olvidado un montón de escobas inservibles hechas de popotes de paja o algún techo viejo de liber; y se ne-

cesitaba ser una gran personalidad o tener muy buena suerte, para poder tener en ese tiempo un viejo petate de paja.

Los caballos de los Húsares habían sido llevados a un patio grande, colocado a cielo descubierto, y allí se amarraba a dos o tres de ellos a un mismo árbol. Entre éstos había algunos de una especie desconocida para mí, provistos de flores blancas en forma de campana y de una madera muy blanda, de fibras extraordinariamente delgadas. Su tronco debe haber tenido como medio pié de diámetro. Los hambrientos caballos roían poco a poco estos arbustos y con el tiempo los devoraron materialmente todos, de tal modo que llegó un momento en que nada quedó ya, más que las raíces, debajo de la tierra. Entonces se arrojaron unos contra otros, arrancándose y mascando las crines y la cola, y no sin trabajo se logró contenerlos en esta lucha, que atestiguaba sobradamente su hambre espantosa.

A causa de la falta de pastura, los caballos perdieron completamente su valor; sé de un caso en que una persona vendió uno, perfectamente ensillado y aparejado, por dos pesos; yo mismo, en los últimos días, obtuve un hermoso rocín a cambio de unas botas de montar, viejas y no en muy buen estado. No hay que extrañarse de esto, porque muchos particulares trataban de deshacerse de sus caballos a cualquier precio, debido a que eran una pesada carga para ellos.

En semejantes circunstancias, divisiones enteras de caballería no estuvieron ya en condiciones de combatir, a pesar de que el caballo, según lo enseña la experiencia, puede aguantar sin alimento un tiempo increíblemente largo.

El que más sufrió fué el 4º Regimiento de Hulanos: los caballos pertenecientes a este cuerpo, de

hecho, no recibieron ningún forraje del 3 al 15 de Mayo; permanecían echados en los corrales de la garita de Celaya, sin poderse levantar ya, y su completa inanición mostraba a las elaras, que desde muchos meses atrás no comían más que la hierba amontonada que estaba a su alcance.

Al mismo tiempo que esta falta espantosa de provisiones, llegó el momento en que comenzaron a faltar las municiones. Las que se fabricaron durante los últimos días eran tan malas, a causa de la falta de materiales, que las balas de fusil caían al suelo, completamente sin fuerza y a muy corta distancia del lugar donde se disparaban, a unos 200 o 300 pasos; las avanzadas enemigas, que bien pronto se dieron cuenta de esta circunstancia, comenzaron a aproximarse cada vez más, con una sangre fría fácil de explicarse; las granadas se llenaban con arena, en vez de hacerlo con pólvora; y muchas veces, los sitiados se veían condenados a observar, de una manera pasiva, el avance de divisiones enteras del enemigo, el cual se aproximaba a las defensas hasta llegar a una distancia de un tiro de fusil; en los últimos días se dió la orden terminante, de no hacer uso de las armas de fuego sino en caso de un ataque del enemigo.

El hambre y la falta de buenas municiones no tardaron en dejar sentir sus efectos sobre las tropas imperialistas. La desmoralización, que hasta entonces no se había apoderado de los defensores, gracias a los brillantes triunfos obtenidos y a la esperanza de un éxito final, comenzó a cundir entre ellos, y bien pronto no fueron únicamente las balas enemigas, sino también la desertión, las que abrieron grandes huecos en las filas imperialistas. Hasta aquí se habían engrosado éstas con los prisioneros hechos al enemigo, según el uso general que preva-

lece en los ejércitos mexicanos; de tal modo que los imperialistas se habían resarcido completamente de las pérdidas sufridas, y el número de defensores era igual, poco más o menos, que al principio del sitio. Una de las particularidades de los ejércitos mexicanos, es que esta clase de prisioneros, una vez llevados al campo de batalla, suelen batirse contra sus compañeros de antes, con el mismo valor con que pelearon contra sus antiguos enemigos; porque a los soldados forzados les es del todo indiferente la causa por que pelean.

Si hasta aquí se había evitado que disminuyera el número de los defensores, empleando el método antes dicho, después no transcurría una noche sin que huyeran muchos soldados hambrientos. Una vez se dió con la pista de un complot de sargentos franceses del Cuerpo de Cazadores del Emperador, quienes querían abandonar las trincheras que se les habían confiado y pasarse al enemigo. Afortunadamente, se descubrió a tiempo y se evitó esta maquinación; sin embargo de lo cual, algunos lograron realizar su intento y escapar.

Si alguna vez hubo extranjeros que olvidasen su honor y su deber, nadie puede admirarse de ello porque lo propio sucedió entre las tropas nacionales; pero, sea dicho en honor de éstas, soportaron más de lo que se esperaba, y durante el sitio se condujeron, en lo general, de una manera brillante.

XIII.

REGRESO DEL CORREO HERZ. — PLANES DE HUIDA. — EL CORONEL MIGUEL LOPEZ Y SU TRAICION. — EL 14 Y EL 15 DE MAYO.

Así estaban las cosas en la angustiada ciudad, cuando repentinamente, el 9 de mayo, se fué presentando el correo, tanto tiempo esperado. Ya se habían perdido las esperanzas de que regresara y casi todos creían que había sido hecho prisionero por el enemigo y corrido la misma suerte que sus antecesores.

Herz permanecía callado a las preguntas que le dirigían por todas partes o contestaba evasivamente, y pidió, con urgencia, ser llevado ante el Emperador. En cuanto a las noticias que trajo quedaron para siempre en secreto, exceptuando para el Soberano y los jefes principales; pero este silencio era bastante elocuente, para que se pudiera temer lo peor. Dado el estado que guardaban las cosas exteriores, las noticias traídas no podían ser en manera alguna satisfactorias.

El Emperador dispuso que se pagara a Herz la del ejército estaba ya con tan poco dinero, que no recompensa de 3,000 pesos que se le había prometido, y que él había ganado honradamente y con tantos peligros. Sin embargo, en esos días la Caja